

Los arquitectos en una encrucijada

Ramón Vargas y Salguero*



Ramón Vargas y Salguero.

En los tiempos que corren, parece que los profesores ocupados en la teoría de la arquitectura debiéramos justificar nuestro empeño en dedicarnos a estos menesteres, dado que todos sabemos y hemos sido, si no partícipes, al menos testigos, del proceso paulatino de descrédito y desestima de que ha sido objeto la teoría de la arquitectura desde hace una treintena de años.

Uno de los efectos que conllevó esa revuelta que en todos los órdenes significó el Movimiento del 68 que tuvo lugar aquí, en Estados Unidos y en Europa, fue la abrupta irrupción de nuevos modos de pensar, de nuevos modos de concebir y explicar la realidad, todos ellos derivados en más o en menos, del marxismo. En el mejor de los casos, el contenido de la teoría de la arquitectura en las escuelas del país fue sustituido por un remedo de economía política

marxista, por atisbos de estructuralismo y junto con él, de retazos de lingüística y semiología, y por supuesto, por las metodologías de todos tipos y cuños. En el peor, que también aconteció, el área de conocimiento simplemente desapareció junto con la historia de la arquitectura y en unos más se pretendió fuera esta última la que sustituyera a aquélla, ignorando que una tiene por objeto lo general y la otra lo particular y específico.

No sólo se puso en tela de duda éste o aquel concepto, ésta o aquella visión del proceso productivo de espacios habitables, tal y como esos conceptos y formulaciones habían sido estudiados por la teoría tradicional, sino que, sin mediar una crítica a fondo del acer-

vo acumulado sin separar las mies de la paja, se declaró obsoleta al área de conocimiento teórico en su conjunto. Por demás está decir que la obsolescencia de la teoría fue dictaminada de la manera más desaprensiva. De este modo, el área teórica se convirtió, ahí donde todavía resistió los embates de quienes propugnaban por desaparecerla de los planes de estudio de nuestras escuelas y facultades, en un campo de Agramante.

Ahora bien, sin entrar a detalle en los intrínquilos de la teoría, ya que no es el momento, quiero aprovechar esta oportunidad para hacer una pregunta: ¿a cuánto asciende la pérdida que hemos sufrido al traspapelar, minimizar o suplantar la teoría? Esta pregunta también la podemos plantear de otra manera: ¿de qué se ha ocupado la teoría y hasta qué punto la problemática que le ha sido propia continúa siendo vigente y significativa para la mejor formación de los futuros profesionales de la producción arquitectónica, así como para consolidar y expandir el prestigio social de nuestra profesión? O también: ¿cuáles y de qué envergadura son los problemas que confrontamos actualmente y hasta qué punto la teoría podría ayudarnos a solventarlos?

Pasemos a referirnos a la circunstancia en la cual nos encontramos, en general, como individuos de la sociedad de finales de siglo XX, y en particular, como un sector diferenciado por ejercer la profesión de arquitecto.

Pues bien, en ambas dimensiones me parece que podemos decir que nos encontramos en un atolladero. En una situación que exige la acción concertada de todos los profesionales a fin de caminar hacia la salida que, en estos momentos, solamente podemos imaginar, pero cuya luz todavía no se avisa al final de ningún túnel.

A nivel histórico, ese atolladero, ese empantamiento, ese estancamiento es ya un lugar común en la ensayística especializada. Desde hace décadas adqui-

*Doctor en arquitectura, posgrado de la UNAM. Ponencia presentada en el Encuentro Nacional ESIA'98.

rió carta de ciudadanía el término de "posmodernidad", que si bien solamente se refiere a lo que viene después de la modernidad, sin embargo ha permitido agrupar una serie de indicadores que parecen anunciar un cambio de época. De concederle acierto a los estudios de los filósofos de la Escuela de Frankfurt: Horkheimer, Marcuse, Adorno y Habermas, así como a Gianni Vattimo y Luis Villoro en México, actualmente nos encontraríamos zarandeados debido a la crisis de valores, metas y paradigmas suscritos por la modernidad, pero sin que todavía exista, ni mucho menos, acuerdo respecto de los que habrán de sustituir aquéllos. El mundo del bienestar al que supuestamente se advendría al darle curso libre a la razón, el mundo de la igualdad, de la libertad y libre competencia que fueron, entre otras, las grandes metas que enarbolaron la modernidad a partir de las primeras revoluciones científica, industrial y política que tuvieron lugar en la historia de la cultura occidental, lejos de ser una realidad, se encuentra contradicho por todas partes.

Las invasiones militares, las guerras de alta y baja intensidad, el enfrentamiento entre etnias que llevaban siglos de coexistir, el resurgimiento de los fundamentalismos, el derrumbe de empresas, el desempleo y el paulatino pero al parecer inacabable aniquilamiento de los ecosistemas, son sólo algunos de estos indicadores. Sí, el mundo globalizado y neoliberal que hoy ha terminado por imponerse en prácticamente todo el orbe, lejos de refrendar aquellas grandes metas históricas imaginadas por los grandes pensadores ilustrados del siglo XVIII y XIX, de quienes es heredero, parece alejarse de ellas para enfrentar al mundo a un incierto futuro, con el que los medios de masas alcanzan un éxito muy discutible al lograr obnubilar a una gran parte de la población, atrayéndola a un mundo de consumismo y frivolidad. No son *light* solamente los refrescos y otros alimentos. Hoy en día nos encontramos con ideas, expectativas e ideales *light*.

Incurriríamos en un optimismo desmesurado si supusiéramos que la práctica profesional de los arquitectos puede permanecer incólume ante los embates que en todos sentidos está generando el globalizado y neoliberal mundo actual. El afán de liberar la competencia, que en el fondo es lo que persiguen los tratados internacionales impulsados por las grandes potencias a fin de darle libre curso a sus productos y realizar las ganancias que llevan consigo, han impactado negativamente nuestra práctica profesional como tantas otras, a tal punto de trastocar los valores que le fueron constitutivos.

Sí, es perfectamente comprobable que el espíritu de los tiempos es hostil al florecimiento y expansión de la práctica profesional de los arquitectos, tanto en calidad como en cantidad. El capitalismo vive de absorber ganancia. El liberalismo, que es una de sus variantes, procura que dicha ganancia sea máxima quitando de en medio todas las barreras que se opongan a la libre competencia que, como es bien sabido, beneficia a los más fuertes. Pues bien, dicho afán de ganancia llevado adelante por los empresarios, ha ido ganando terrenos que

anteriormente pertenecían a los arquitectos. Me refiero al diseño urbano y a la planeación física.

Anteriormente era competencia del arquitecto el decidir el emplazamiento de los conjuntos urbanos. A él le correspondía comprobar si el terreno reunía las características aceptables para que tal asentamiento tuviera lugar. Era él quien sabía de los asoleamientos y de todos los tipos de vientos, de tal forma que podía elaborar la traza de las ciudades de manera más atinada.

Sí, el arquitecto tenía ingerencia en todos estos aspectos indisolublemente vinculados con la producción de aquel tipo de habitabilidad que precisa de un espacio específico para realizarse, razón de ser de nuestra profesión y misma que no termina puertas adentro de una edificación. Pero pudo tener dicha ingerencia, porque formaba parte de una sociedad para la cual la calidad de vida, así fuera de alguno de sus sectores, le concedía prioridad a la habitabilidad por encima de la acumulación de riqueza. Cuando la acumulación de ganancia acabó por imponerse como meta indiscutible, las recomendaciones de los arquitectos tuvieron que ceder paso a las decisiones de financieros, inversionistas, promotores de fraccionamientos, de quienes no les interesaba alcanzar la mayor habitabilidad posible en las expansiones urbanas que iban siendo necesarias, sino obtener de la urbanización de los terrenos la máxima ganancia posible. El urbanismo empezó a dejar de ser competencia de los arquitectos. En este sentido, el arquitecto Rem Koolhaas señaló en un artículo reciente: "¿Cómo explicar la paradoja de que el urbanismo como profesión haya desaparecido en el momento en que el urbanismo, donde quiera —y después de décadas de constante fortalecimiento— esté en el camino de lograr el "triunfo" definitivo de la condición urbana?"

De este modo se propició el divorcio entre la dimensión urbanística y el hacer arquitectónico, no obstante que ambos debieran seguir siendo considerados como las caras que conforman la moneda de la habitabilidad. Consumada esta separación, cuyos nefastos alcances estamos padeciendo en todas las ciudades, que se están convirtiendo en ejemplos de inhabitabilidad, le tocó el turno al desplazamiento de los urbanistas para permitir que sean los inversionistas quienes decidan sobre el crecimiento de nuestras ciudades. Ya no está en manos del arquitecto-urbanista alcanzar la parte de habitabilidad que depende, no de la distribución interior de sus compartimentos, sino de su ubicación en el conjunto urbano, de su cercanía a los centros de trabajo, del equipamiento con que cuente, de las vías de comunicación, así como de los vientos y asoleamiento. La extensión y calidad de nuestro campo de trabajo se está reduciendo a ojos vistos. Nuestro peso social también.

A este respecto, de ninguna manera está por demás, máxime cuando al parecer solemos no tenerlo muy en cuenta, que el neoliberalismo está restringiendo cada vez más el campo profesional de los arquitectos al dejar en la pobreza a un número cada vez mayor de población. A nuestra profesión se le cierra la posibili-

El neoliberalismo está restringiendo cada vez más el campo profesional de los arquitectos al dejar en la pobreza a un número cada vez mayor de población.

La teoría de la arquitectura debe recobrar su sitio en la formación de los arquitectos.

dad de acceder a los grupos mayoritarios de la población, de participar en la solución de uno de los grandes problemas nacionales, medido en el caso de nuestro país, el déficit de más de ocho millones de viviendas reconocidos oficialmente. Hay que decirlo con toda claridad: en la pobreza es posible la arquitectura, sí, pero aquella cuya habitabilidad colinda con su contrario, o sea, la realizada por medios autoconstructivos y de carácter precario, que circunda a todos nuestros centros urbanos. Se dice que el monto de ésta alcanza el 85 por ciento de lo construido en nuestro país.

Al restarle importancia al valor de uso de las obras arquitectónico-urbanísticas, es decir, al minimizar el apego que cada una debiera guardar respecto de las modalidades de vida específicas de cada región y localidad, lo que tiende a entronizarse es su valor de cambio, su posibilidad de encontrar adquirentes. Y ya puesta en estos terrenos, nuestras obras no pueden eludir el ser arrastradas por los embates de las modas ni irse convirtiendo en objetos de lujo. La profesión se vuelve proclive al elitismo. La formación humanista de nuestra profesión tiende a ser socialmente menospreciada... ya lo ha sido... lo está siendo.

Éstas son unas cuantas de las luces de alarma de que podemos dar cuenta y que, ocioso es decirlo, afectan a la profesión en su conjunto. Lamentablemente, esas luces de alarma no son las únicas que ya están encendidas.

El arquitecto Luis Fernández-Galiano, editor de las revistas madrileñas *AV Monografías* y *Arquitectura viva*, en el número de octubre del año pasado —en la primera de ellas—, indica en su editorial que se han popularizado dos dichos por aquellas tierras. El primero dice: "Ponga un arquitecto en su vida", mismo que no es sino una invitación a fin de ver si es posible remontar la desconfianza que existe en la sociedad de encomendar a los arquitectos la construcción de la casa. A este respecto, dice el autor, existen tantos resultados desalentadores, "que muchos excluyen deliberadamente al arquitecto del territorio doméstico, juzgando —no sin poderosos argumentos— difícilmente compatibles la arquitectura y la vida cotidiana." Esta desconfianza ha dado lugar al segundo de los decires que allá corren, y que, es una frase mordaz, pero que da cuenta de hasta qué punto ha llegado ha cerrarse nuestro campo: "La arquitectura de la casa es demasiado importante para dejarla en manos de los arquitectos."

Para mayor abundamiento, Marianne Brausch y Marc Emery, en el preámbulo de su libro *L'architecture en questions*, editado en París en septiembre de 1996, indican que las preguntas que les han planteado a sus entrevistados, entre los cuales se encuentran Zeví, el japonés Toyo Ito, el alemán Hans Kollhoff, Rem Koolhaas y Álvaro Siza, citó "nos han parecido necesarias, no porque la arquitectura se encuentre hoy día en crisis —ella lo ha estado prácticamente siempre (añaden)—, sino porque a diferencia de otras crisis, ésta parece que, a su término, habrá modificado radicalmente las ideas heredadas y, expresamente los con-

ceptos elaborados por los modernos." De pasada, noten ustedes que los autores hablan de "crisis", pero nuestro término "atolladero" puede ser más o menos sinónimo de aquél.

Sí, el neoliberalismo es hostil a la expansión del campo profesional que podemos definir como el de aquellos cuya responsabilidad estriba en proponer las soluciones adecuadas a fin de que la calidad de vida brindada por los espacios habitables, sea cada vez mejor.

Pero reconocer lo anterior de ninguna manera impide, sino que tal vez obliga a preguntarnos: ¿ha sido el arquitecto una mera víctima de este proceso banalizador pero altamente redituable al gran capital, o tal vez se ha dejado llevar, coadyuvando, sin quererlo, a que la consumación de esta tergiversación histórica de su profesión alcance la profundidad que ahora tiene? Parece que no es hiperbólico considerar que preocupados por salvarse a título individual, el grueso de nuestros colegas han puesto su mayor interés en estar al día de las nuevas modas que se anuncian en el firmamento publicitario. ¡Vana empresa! Las modas por definición son infinitas, son fluctuantes, inestables y volubles, y quien corre tras de ellas siempre irá a la zaga.

Aquí es donde la teoría de la arquitectura vuelve a hacer acto de presencia. En efecto, éstas y otras preguntas más exigen respuestas en el único terreno en que es posible clarificarlas, o sea, en los terrenos de la reflexión, esto es, desde la teoría de la arquitectura. No nos parece importante inquirir hasta qué punto la situación crítica, el atolladero al que hemos hecho referencia, se ha posibilitado por la "ausencia de consenso entre los arquitectos mismos, referente a la naturaleza específica de (nuestra) profesión", como ya lo anotó Raymonde Moulin, en Francia, desde hace 25 años, ¿es factible considerar que este desacuerdo se haya convertido en el campo propicio para que irrumpen en él, y lo trastoquen grupos de personas venidas de todos lados y con intereses ajenos a nuestra práctica profesional? ¿Hasta qué punto sigue siendo válido continuar considerándonos como artistas alejados de las ingentes necesidades de las grandes masas de nuestra población? ¿Hasta qué punto debemos inscribir en nuestra teorización el estudio de las condiciones que pueden propiciar la extensión en cantidad y calidad de los espacios que construyamos?

Como se ve, la teoría de la arquitectura debe recobrar su sitio fundamental en la formación de los arquitectos, obligándose a incluir nuevas temáticas en sus índices, básicamente éstas que, como vemos, están afectando gravemente a la profesión y a la sociedad en general, al condenar a la parte mayoritaria de ella, a no beneficiarse de los servicios que la profesión podría brindarle si no estuviera enajenada. ¿Lo haremos o persistiremos en andar en los caminos ya trillados de antaño, cerrando los ojos a la realidad actual? Ojalá que en una próxima reunión encontremos nuevos y enjundiosos temas tratados por nosotros ☺